

CAPILLA ALFONSO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
N. 1.

el cual sigue ordenando la salida que se ha de  
hacer, y se va retirando a su camarín. En el  
momento en que se va retirando, se oye el  
ruido de una puerta que se abre, y se ve  
entrar a una mujer que se dirige a la  
camarín.

Francisca.—Nos vamos.  
Petra.—(Entrando.)—¿Dónde va?  
Francisca.—(Salida.)—A la cama.  
Petra.—(Salida.)—A la cama.

(Pasa el tiempo de una hora en el  
interior de la casa.)  
Francisca.—(Entrando.)—¿Dónde va?  
Petra.—(Entrando.)—A la cama.

Francisca.—(Entrando.)—¿Dónde va?  
Petra.—(Entrando.)—A la cama.

Francisca.—(Entrando.)—¿Dónde va?  
Petra.—(Entrando.)—A la cama.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

### ACTO CUARTO

La misma decoración del primero.

### ESCENA PRIMERA

Francisca, arrellanada en un butacón, mientras Doña  
Petra revuelve el azúcar que echó en la cafetera, sen-  
tada en una silla, al lado de la camilla.

Francisca.—¿Habrá terminado el teatro, do-  
ña Petra?

Doña Petra.—Quién sabe, Francisca... pero  
las dos y media dieron ya.

Francisca.—Para ser la primera escapatoria  
se descuida bien la Sebastiana.

Doña Petra.—Hay que dejarla que disfrute  
un poco. La juventud se hace tantas ilusiones...

Francisca.—Y la vejez.

Doña Petra.—No, no...

Francisca.—Con la hora que es, el frío que  
se nota... y estamos al lado de una camilla sin  
brasero. ¿Quiere usted más ilusión, doña Petra?  
Pues así es todo en este cochino mundo.



DOÑA PETRA.—¡Bien cochino y bien trabajo para los pobres! ¿Y dice usted que a la casa no vino nunca ningún hombre?

FRANCISCA.—Yo no dije eso.

DOÑA PETRA.—Bueno, ya me comprende.

FRANCISCA.—No, señora.

DOÑA PETRA.—Porque no le da la gana. Lo que yo pregunto es si no hubo nunca visitas de las que entran tarde y se marchan temprano.

FRANCISCA.—Nunca. Es una muchacha muy formal.

DOÑA PETRA.—¡Ya las hay que hacen esas cosas con mucha formalidad!

FRANCISCA.—Esta, no. Yo se lo aseguro.

DOÑA PETRA.—No ponga la mano en el fuego por si acaso, que hoy anda todo muy revolucionado.

FRANCISCA.—Muchísimo. ¡Si mi pobre Prudencio alzara la cabeza! ¡Fué un santol...

DOÑA PETRA.—¿Creo que le gustaba un poco empinar el codo...?

FRANCISCA.—Un poco... pero a menudo. ¡Si le hubieran quitado aquella debilidad de la bebida, un verdadero santol! Hombre más formal, más honrado y más decente... no comía el pan en este mundo. Y cuando el pobre murió...

DOÑA PETRA.—Alcoholizado, ¿verdad?

FRANCISCA.—Murió de lo suyo, sí señora. Pues en las últimas me pedía perdón con unas ansias que daban pena oirlas. Y después, cuando ya no podía ni hablar, le dí un traguito, unas gotas de Monóvar solamente... ¡y si viera usted con qué expresión y con qué cariño me apretaba la mano...!

DOÑA PETRA.—Querría más medicina...

FRANCISCA.—¿Y quién se la hubiera negado en un momento así?

DOÑA PETRA.—Nadie: tiene usted razón.—*(Pausa.)*—Y usted no se puede quejar, que la portería es de primera.

FRANCISCA.—No es mala.

DOÑA PETRA.—La Rabanitos sola le da cinco duros todos los meses.

FRANCISCA.—Esa es más decente que muchas señoras encopetadas.

DOÑA PETRA.—¡Ya lo creo! ¡Cinco duros!

FRANCISCA.—Cuando tuve a la pequeña con las tercianas había que ver a la señorita Rabanitos trayéndome los jarabes, llorando conmigo, mismamente como si fuera por una hija suya y pagándolo todo. Eso es corazón, y no el de otras, que lloran solamente y no dejan para un mal caldo de gallina.



DOÑA PETRA.—¡Como que la Rabanitos comprende la vidal

FRANCISCA.—Es mujer de mucho talento natural.

DOÑA PETRA.—Si la Sebastiana se guía por ella irá muy lejos.

FRANCISCA.—Muy lejos ha debido ir ya, por lo que tarda.

DOÑA PETRA.—Mucha disculpa tendría...

FRANCISCA.—¡Y no ha de tener! ¡Ay si una naciera de nuevo...! Con lo que una sabe...

DOÑA PETRA.—(Escuchando.)—Ahí está...

FRANCISCA.—Pues abra y váyase a dormir y muchas gracias por la compañía.

(Mutis Petra por el foro. Francisca se levanta y recoge su mantón.)

## ESCENA II

LUZ y TABARDILLO por el foro: FRANCISCA

LUZ.—¿Se ha despertado mamá?

FRANCISCA.—Se ha despertado y se ha vuelto a dormir y se ha vuelto a despertar.

LUZ.—¿Preguntó por mí?

FRANCISCA.—Diez o doce veces.

LUZ.—¿Y qué le has dicho?

FRANCISCA.—Diez o doce mentiras. Con que haya creído la mitad tienes disculpas de sobra.

LUZ.—¿Y ahora?

FRANCISCA.—Duerme.

LUZ.—(Muy afectuosa.)—Gracias, Tabardillo. No olvidaré jamás ninguna de sus bondades. Perdóneme, que voy a ver a mamá... Acompañale, Francisca. Adiós, y gracias, muchísimas gracias.

(Mutis por la izquierda.)

## ESCENA III

TABARDILLO y FRANCISCA

FRANCISCA.—Cuando usted quiera, señorito.

TABARDILLO.—Ya bajaré... Deseo decirle una palabra todavía.

FRANCISCA.—¿No han tenido ustedes tiempo de hablar?

TABARDILLO.—No. (Dándole un duro). Duerma usted un poco más en la portería... muy poco.

FRANCISCA.—Bueno. Abajo estoy.

TABARDILLO.—Y yo arriba.



FRANCISCA.—Ya lo veo... Hasta luego, señorito.

(Mutis por el foro.)

#### ESCENA IV

TABARDILLO, un momento sólo. Luz, por la izquierda.

LUZ.—(Sorpresa.)—¿Tabardillo...? ¡No; Tabardillo, no! Don Luis, ¿por qué sigue usted aquí aún?

TABARDILLO.—Quiero hablarte...

LUZ.—¿De qué?

TABARDILLO.—De muchas cosas, que no van bien con ese gesto de princesa altanera. Yo no te ofendí.

LUZ.—Es verdad. Hasta ahora no hubo en usted más que bondades, y yo le estoy agradecida, enormemente agradecida... pero, al quedarse aquí, contra mi voluntad, ya empezaron las ofensas.

TABARDILLO.—No nos pongamos en ridículo, Lucecita...

LUZ.—Pues salga usted.

TABARDILLO.—No. Yo he creído todas las historias que me contaste, todas, porque la costumbre es creerlas, aunque no haya costumbre

de contarlas hasta después de haber sido amable.

LUZ.—¡Don Luis!

TABARDILLO.—Y comprende un poco que no estoy en tu casa, a las tres de la madrugada, para decirte solamente buenas noches. No; eso, no.

LUZ.—¡Pero yo no hice nada para autorizarle a suponer ninguna cosa!

TABARDILLO.—Nada... más que dejarte acompañar.

LUZ.—¡Y si usted se hubiera permitido alguna insinuación incorrecta, yo le habría desengañado inmediatamente!

TABARDILLO.—Todo fué insinuación... pero, por lo visto, correctísima. Eso va en alabanza mía...

LUZ.—¡Salga usted!

TABARDILLO.—Después.

LUZ.—¡Ahorra!

TABARDILLO.—Nadie te obligó a aceptar mi compañía.

LUZ.—¡Es que me encontraba mal!

TABARDILLO.—Y ahora te encuentras bien. Lo celebro. Si yo fuera un chiquillo—y para mí es gran contrariedad el no serlo...—lloraríamos



juntos un rato y luego iría yo a contarle tristemente a la pálida luna tus penas y las mías... ¡pero tengo muchos años y además creo que esta noche no hay luna!

LUZ.—Por amor de Dios... ¡sea usted bueno!

TABARDILLO.—Por amor de Dios se piden las limosnas... y aún así no son seguras.

LUZ.—Don Luis...

TABARDILLO.—Se acabó don Luis y se acabaron las contemplaciones ñoñas.

LUZ.—No, no...

TABARDILLO.—Haberlo pensado antes.

LUZ.—(Forzejeando.)—¡Déjeme usted!

TABARDILLO.—¡No!

LUZ.—¡Que gritol!

TABARDILLO.—Pues grita...

LUZ.—¡No, no, no...!

(Luchando.)

TABARDILLO.—(Sonriendo de mala gana, pero dejándola.)—Esto se puso más ridículo todavía... No hace falta ya que te defiendas, que yo no he venido de conquistador ni de galán, pero aún veremos quién se ríe el último en esta farsa, que yo no me resigno a la burla.

LUZ.—(Dolida.)—¿A la burla?

TABARDILLO.—Y menos aún a que me den un timo.

LUZ.—(Espantada.)—¿Un timo?

TABARDILLO.—¿Cómo quieres llamarle tú a esos veinte duros?

LUZ.—¿El billete?

TABARDILLO.—Si, el billete. Supongo que no pensarías que lo dí únicamente por el gusto de que pagues al casero... ¡O a quien sea...!

LUZ.—¡Verdad! ¡Verdad!

TABARDILLO.—Dile que salga.

LUZ.—¿Que salga quien...?

TABARDILLO.—El amigo que interviene siempre en estos casos. Vamos, que salga pronto!

LUZ.—No hay nadie. Pero tiene usted razón para figurárselo. Mis angustias, para usted son mentiras y para mi son verdades, pero el billete es verdad para los dos, verdad, verdad.

(Se lo entrega.)

TABARDILLO.—(Sin saber qué hacer.)—¿Lo devuelves?

LUZ.—Recójalo usted pronto, don Luis... ¡por amor de Dios, como las limosnas, recójalo usted pronto, pronto...!

TABARDILLO.—(Aceptando el billete.)—¿No lo necesitas?



LUZ.—No.

TABARDILLO.—No comprendo esto... o no comprendo lo anterior.

LUZ.—¡Y tan sencillo como es de comprender! La miseria me llevó a la desesperación; un consejo, que era muy malo y quería ser muy bueno, me llevó a la cena con ustedes; el champagne me mareó a mí y lo ha traído a usted... y ahora, por miseria, por consejos y por champagne, usted está disgustado y yo estoy espantada. Ya sabe usted toda mi infamia, don Luis. ¡Perdóneme!

TABARDILLO.—(*Acercándose a ella desconcertado.*)—Luz...

LUZ.—(*Disculpándose.*)—Me dijeron que había que vivir...

TABARDILLO.—Y es cierto...

LUZ.—Pero no me dijeron que era tan amarga la entrada en la vida. Perdóneme, don Luis...

TABARDILLO.—¿No sé bien lo que es esto...? ¿Farsa o dolor...? ¿Una comedia hábil y perfectamente ensayada?... ¿o un drama muy hondo y también con muchos ensayos...? Lo que sea, es igual. Como buen comediante de esta comedia de la vida acepto el papel que se me reparte... y me río. Con eso tendrán que reirse un poco me-

nos de mí cuando se divulgue la aventura. (*Riendo.*) ¡La aventura...!

LUZ.—No, no se reirán.

TABARDILLO.—Es igual. La dejo a usted en paz, Luz... Si algún día vuelve el ánimo de usted a inclinarse... por el champagne, yo iré gustoso. La Rabanitos sabe mis señas.

LUZ.—¡No, no volveré jamás!

TABARDILLO.—Seamos previsores... Si retirarme ahora es una acción caballeresca, a gusto sigo siendo caballero: si he caído en un lazo... tampoco me voy arrepentido. Vuelva usted a coger ese billete.

LUZ.—¡No!

TABARDILLO.—Permítame usted que sea ridículo hasta el final para sostener mi papel. ¡Guárdelo!

LUZ.—¡No!

TABARDILLO.—Sobre la mesa queda.

LUZ.—(*Yendo a buscarlo para devolverlo.*)—¡No, don Luis!

TABARDILLO.—(*Deteniéndola.*)—Don Luis ha perdido veinte duros en el Casino. Eso es todo.

LUZ.—¡No los quiero!

TABARDILLO.—(*Severamente.*)—¡Si los quieres!—(*Pausa, dominándola con la mirada.*)—



Para mañana tienes la dificultad resuelta

LUZ.—¿Y después?

TABARDILLO.—Después... Dios dirá... si es que lo dice.

LUZ.—¡Otra vez la miseria y otra vez la tentación horrible!

TABARDILLO.—En ese caso, la Rabanitos sabe mis señas...

LUZ.—¡No, no, no! Y usted, que es tan bueno, aunque se disfraza de tan malo, ¿por qué me dice usted palabras crueles?

TABARDILLO.—Porque me das lástima...

LUZ.—(Con asombro).—¿Y por lástima le complace a usted el verme desesperada?

TABARDILLO.—Sí, Luz, sí. Los hombres, para ser muy hombres, necesitamos demostrar que no hay en nosotros ni una fibra de ternura. Eso es lo varonil. Cuando a alguno se le caen las lágrimas decimos los demás que llora como una mujer...

LUZ.—Así os hacéis más insensibles para el sufrimiento.

TABARDILLO.—No, iguales seguimos, que hay muchas maneras de ocultarlo, pero no se inventó más que una sola manera de sufrir para toda la Humanidad, y en la hora de las penas, hom-

bres y mujeres, todos son mujeres... o todos son hombres. Como tú prefieras.

LUZ.—(Cariñosa).—¡Tabardillo!

TABARDILLO.—Si Tabardillo se dejara llevar del impulso, te cogería en sus brazos...—(Viendo el miedo en ella).—No de amante, no; de amigo, de hermano, de padre... De algo que ya con el nombre te protegiera, y te diría: «No vayas a la feria del amor, Luz, que el amor de uno es divino y el amor de todos es repugnante: no vayas al negocio del amor, Luz, que el amor es negocio una vez por casualidad, y las otras veces es una mala tienda situada en una mala calle: no vayas alucinada en la seguridad de lograr la fortuna que tú ves a las que brillan y no ves a las que se hunden, y el hotel del amor se llama una vez hotel y mil veces hospital...

LUZ.—¡Qué horror!

TABARDILLO.—Y no olvides nunca que por eso, precisamente por eso, por las infinitas que se hunden a diario, el mundo, justiciero en los nombres—en los nombres nada más...—a la vida del amor le llama la mala vida.

LUZ.—Yo no iré a ella, no ¡Se lo juro!

TABARDILLO.—No vayas. ¡Este es mi consejo leal! Ridículamente leal para dicho en esta hora,



en este sitio, en esta ocasión... y por Tabardillo. Pero ahora no pienso en mí, sino en tí... y para ti es muy leal. Síguelo. Buenas noches...—

(Se pone el gabán pausadamente. Luz llora... El telón va cayendo).

Buenas noches...

EL TELÓN SIGUE CAYENDO...

## OBRAS DE MANUEL LINARES RIVAS

### EN TRES ACTOS

- Aire de fuera*, estrenada en el teatro Español.  
*María Victoria*, estrenada en el teatro Español.  
*La estirpe de Júpiter*, estrenada en el teatro de Novedades, de Barcelona.  
*La Divina palabra*, estrenada en el teatro de la Comedia.  
*Añoranzas*, estrenada en el teatro Español.  
*El Caballero lobo*, estrenada en el teatro Español.  
*La fuente amarga*, estrenada en el teatro de la Princesa.  
*La raza*, estrenada en el teatro de la Princesa.  
*Lady Godiva*, estrenada en el teatro Español.  
*Doña Desdenes*, estrenada en el teatro de la Princesa.  
*El Cardenal*, (en colaboración con don Federico Reparaz), estrenada en el teatro Infanta Isabel.  
*La fuerza del mal*, estrenada en el teatro de la Princesa.  
*La espuma del champagne*, estrenada en el teatro de Eslava.  
*Toninadas*, estrenada en el teatro Español.  
*Los zarzas del camino*, estrenada en el teatro Lara.  
*El Conde de Valmoreda*, (inspirado en una idea de Tolstói), estrenada en el teatro Odeón.

### EN DOS ACTOS

- El abolengo*, estrenada en el teatro Lara.  
*La Cizaña*, estrenada en el teatro Lara.  
*El idolo*, en tres actos y refundido en dos, estrenada en el teatro Español.  
*Bodas de plata*, estrenada en el teatro Lara.  
*El mismo amor*, estrenada en el teatro Lara.  
*Nido de águilas*, estrenada en el teatro Lara.  
*El buen demonio*, estrenada en el teatro Lara.  
*Flor de los pazos*, estrenada en el teatro Lara.  
*Camino adelante*, estrenada en el teatro Cervantes.  
*Como buitres*, estrenada en el teatro Cervantes.